

Calderón de la Barca y El Escorial

Por LUIS MANUEL AUBERSON



Patio de los Reyes del Real Monasterio de El Escorial, grandioso marco de la representación teatral con motivo del IV Centenario del Real Monasterio.

Este titán del teatro español, en cuyo homenaje han resonado las trompetas triunfales en los cuatro puntos cardinales del planeta, con motivo del tercer centenario de su muerte, tuvo, en vida y en la ocasión que nos ocupa, la fortuna de ver reconocida su valía por el Rey, la corte y el pueblo llano, y, de manera muy especial, en ese centro de gravedad espiritual del Imperio español que fue el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Representar en San Lorenzo el Real significaba ceñir ya, definitivamente, la triunfal corona del inmarcesible laurel. Que el numen calderoniano se viese arropado por los berroqueños muros de la Octava Maravilla

del Mundo, equivalía a vestir, con el mayor lucimiento, la gloriosa púrpura del Parnaso.

Cuando se presenta en 1663 el primer centenario de la fundación de la Real Fábrica escurialense, una docta comisión de su convento jeronimiano se encarga, por orden expresa de Su Majestad el Rey Don Felipe IV, de organizar unos festejos sobresalientes que enaltezcan cumplida y brillantemente tan singular efemérides. Calderón de la Barca que, a la sazón contaba sesenta y tres años, pudo vanagloriarse de haber sido el elegido para contribuir, con la bondad y galanura de sus comedias, al mayor lustre y esplendor de unas fiestas literarias que supieron merecer

el agrado del Rey y la complacencia de la Orden de San Jerónimo.

El Padre Fray Luis de Santa María, en su libro *Pompa festiva al centenario del Escorial* (1664), nos da detallada relación de cuanto aconteció en el Real Monasterio durante aquella «Octava sagradamente culta». Nos manifiesta, al referirse al viernes día 31 de agosto de 1663, que «por la tarde, después de satisfacer la deuda del oficio divino, pasó la comunidad al palacio, donde estaba decretado el sitio para representar la comedia. Eligiose un patio defendido del sol (ángulo noreste) en aquel majestuoso alcázar, donde hay más en que escoger que en los anfiteatros que envanecieron a Roma. Era



Patio de entrada al Palacio de El Escorial, con el cimborrio al fondo.

espacioso, dilatado y suficientemente capaz para todos los seglares que concurrieron. Compartiose en bancos para todos y sillas para los de mayor esfera. En medio de él, se levantó un teatro donde el colegio seminario representó las fiestas que estaban a su cargo, para que todos los que sustenta Su Majestad en esta casa, concurriesen gratos al festejo de este centenario. Puedo asegurar que fueron de las comedias más bien representadas que ha visto el acierto. Parece que concurría todo a hacer célebre este centenario. Y no le hizo menos grande el ser todos, tonos, loa, bailes, entremeses y saraos, fruto de los ingenios de esta casa. En ella, hay muchos de muy sazonado gusto para estos donaires, que tan pocos los aciertan. La comedia que se representó esta tarde, fue *También hay duelo en las damas*. Lo mismo es decir que es de don Pedro Calderón que decir que es grande. Dieron a los versos tanta alma los que la representaban como quien la escribió. Fenecióse la fiesta con un sarao de muy gustosos lazos, que dejó a todos deseosos del día siguiente, porque también para él se prometió comedia.

Durante el tercer día de festejos, sábado primero de septiembre, se representó la segunda comedia *Dicha y desdicha en el nombre*, que «es también de don Pedro Calderón y de las mejores que se han fraguado en la oficina de este felicísimo ingenio de nuestro siglo, admiración de todos». A tenor de las manifestaciones del Padre Santa María, no cabe duda que, a la sombra de la «piedra lírica» laurentina, las obras calderonianas satisficieron plenamente a los asistentes. Calderón, por su parte, sentiría también el legítimo orgullo de haber conseguido el alto honor de que sus obras se representasen dentro de la única maravilla del mundo habitada por el hombre, cuyo escenario general era un monumento pletórico de Divina Proporción repleto de vida intelectual, palpitante y creadora.

El cuarto día, domingo, 2 de septiembre, se celebró la última función con comedia del mismo autor titulada *El maestro de danzar*. «No puedo dejar de aplaudir el buen gusto de quien las eligió todas de don Pedro Calderón», comenta el Padre Santa María, y añade que «la riqueza y multiplicidad de galas que vistieron estas tres comedias,

fueron tantas que pudo imaginarse dejaban desnuda la corte de donde vinieron». A la belleza y elocuencia del verbo, se sumaron el fausto y la vistosidad del vestuario y del atrezzo. Fue un alarde. Nunca se vio comediógrafo por representaciones tan bien servido.

En este primer centenario —fecha tan insigne para el Real Monasterio—, Calderón consiguió la exclusiva de las funciones teatrales. Resultaba, pues, evidente que tanto el Rey como la comunidad jerónima estimaron al vate madrileño como el autor más idóneo para abrillantar las fiestas laurentinas, elección que le destacó sobre otros ilustres compañeros de la pluma como Cervantes, Lope de Vega, Tirso de Molina, Ruiz de Alarcón y Moreto, por ejemplo, auténticas lumbreras del teatro español del Siglo de Oro.

Se nos ocurre pensar si, en conmemoración de este extraordinario acontecimiento teatral del siglo XVII, no podría colocarse, a la entrada del patio de palacio, una lápida en honor de Calderón con mención expresa de las tres comedias en él representadas. Justicia sería encumbrar, en el marco de



*Pórtico de la Basilica sobre el que descansan las seis estatuas de los Reyes del Antiguo Testamento.
Patio de los Reyes del Real Monasterio de El Escorial.*



Fachada noreste del Real Monasterio de El Escorial.



Vista del Patio de entrada al Palacio de El Escorial.

una famosa maravilla, la memoria de quien tanto enaltecíó a la Justicia.

En el siglo siguiente, el nombre de Calderón vuelve a oírse en los claustros y salones del palacio escurialense. Será, precisamente, un monje jerónimo, afamado organista y compositor eminente, tan aplaudido por nobles como por plebeyos, quien airee títulos calderonianos al componer para ellos apropiados números musicales. Nos referimos al hoy mundialmente famoso Padre Fray Antonio Soler, quien compuso música de afortunada inspiración, en 1754, para la comedia *Afectos de odio y amor*; en 1759, para el auto sacramental *El primero y segundo Isaac*; en 1760, para el drama *La hija del aire*; y, en 1764, para el auto sacramental *La hidalga del valle*. Creábase, así, un delicioso ambiente de ósmosis literario-musical que embelesaba al público.

La popularidad de don Pedro Calderón de la Barca se manifestaba tan viva y tensa en la atmósfera escurialense que saltó los muros del Monasterio para estar presente, por ejemplo, en las funciones del Real Coliseo, durante la real jornada del otoño de 1793. Su am-

plio escenario, presidido por el rutilante escudo de armas de Su Majestad el Rey Don Carlos III, fundador de dicho teatro, acogió cinco obras de Calderón: las comedias *Antes que todo es mi dama*, *Troya abrasada* (para solemnizar el día 4 de noviembre, cumpleaños de Su Majestad el Rey Don Carlos IV), *La niña de Gómez Arias*, *También hay duelo en las damas* y el drama *La hija del aire*. Desde el palco real a la más modesta localidad, el joven Real Coliseo era un hervidero de admiración y de entusiasmo por los portentosos enredos de Calderón que cuajaban magistral y patéticamente en los supremos momentos de catástasis.

Como uno de los actos de principios de siglo que atestigua la buena disposición que la población escurialense seguía dispensando a Calderón, diremos que su drama de oro, *El alcalde de Zalamea*, refundido por Adelardo López de Ayala e interpretado por Francisco Morano y Josefina Cobeñas, fue puesto en escena en dicho teatro de la calle de Floridablanca, el 10 de septiembre de 1909, a beneficio del Hospital Municipal del Real Sitio.

Todavía más recientemente, en 1963,

con motivo del IV Centenario del Real Monasterio escurialense, el ilustre director José Tamayo montó, con singular acierto y en el grandioso marco del Patio de Reyes, el auto sacramental de Calderón *La cena del rey Baltasar*. Las gruesas y airosas columnas de piedra del majestuoso pórtico de la basílica, sobre las que descansan las seis gigantescas y arrogantes estatuas de los Reyes del Antiguo Testamento, más un juego de luces que realizaba el vigoroso conjunto de un recio y varonil estilo dórico, ofrecieron a los atentos espectadores emoción, belleza y grandiosidad inusitadas. Dos colosos, Calderón y el Monasterio, estrechaban sus grandezas.

Quede, pues, constancia que cuando España y otras naciones extranjeras rinden a don Pedro Calderón de la Barca sentidos homenajes, la Octava Maravilla y el Real Sitio de San Lorenzo se asocian, espiritual y efusivamente, a ellos, sin olvidar que en vida de Calderón y posteriormente, dedicaron a este príncipe del teatro universal un trato preferente y reverencial en sus festejos. ¡Feliz poeta aquel que halla exquisito catador!